

Ardor y franqueza

Pablo Molinet

El poeta Robert Frost en 1957. (Fotografía: Howard Sochurek / The LIFE Picture Collection / Getty Images)



perché ardire e franchezza non hai?
DANTE, *Inferno*, II, 123

La honestidad consiste en ser fiel a lo que te importa de verdad y donde hay algo trascendente para ti. Puede ser cualquier cosa. Sólo uno sabe lo que de verdad le importa.
JAVIER CERCAS¹

SUELE OCURRIR QUE LA GUERRA SE DESATE EN LA ADOLESCENCIA: que quien se proponga escribir irrite a un entorno zafio y brutal que reacciona con violencia ante cualquier salida de su norma. Quien, a pesar de ese antagonismo, consigue seguir atormentado el teclado durante unos diez años con un grado decente de seriedad puede dar por ganada esa batalla inaugural, para descubrir que deberá librar otra, esta vez contra sus pares.

Los auditores del contenido político, los vendedores de tal o cual certificado Kosher, los cortesanos, los ferales, los vanguardistas, los guardianes de la tradición, los que están menos pendientes del texto que de la explicación del texto, los que custodian litigios que se dan como “cosa juzgada” —vgr. que Rulfo “cierra” la narrativa rural mexicana—. Todos buscan imponer su agenda al cuaderno ajeno y lo que está en juego es una libertad de la que pende todo el tinglado de, por ejemplo, esta nota. Vamos por partes.

En el canto segundo del *Infierno*, Dante vacila ante el viaje que está a punto de emprender y Virgilio dedica un terceto a amonestarle: “Dunque: che è, perchè restai, / perchè tanta viltè nel cuore allete, / perchè ardire e franchezza non hai?”. Traduce Luis Martínez de Merlo:

¹ En Alejandro García Abreu: “Javier Cercas contra la realidad”, <http://cultura.nexos.com.mx/?p=12769>

*¿Qué pasa pues? ¿Por qué, por qué vacilas?
¿Por qué hay tal cobardía en tu pecho?
¿Por qué no tienes audacia ni arrojo?*

Vacilar, acobardarse: carecer de una franqueza que, según la *Enciclopedia Dantesca*, ha de leerse como “virtud del ánimo libre de temor, ‘firmeza espiritual’, también ‘coraje’ [...]”. El diccionario de la Academia enseña que “franco” (“sincero y leal en su trato”) proviene del germánico *frank*: “libre, exento”. La franqueza será ardor, será coraje, también será libertad.

Casi toda jornada literaria es dantesca: leer, escribir, es descender texto abajo en busca del chamuco —y a veces culminar el descenso con un ascenso al otro lado del mundo—. ¿Por qué ardor y franqueza no hay?; en la vida y en los textos la pregunta que cierra la estrofa me obsede y espolea: sin ardor, sin franqueza, no hay descenso y, sin éste, no hay texto. ¿Qué sofoca el ardor y oblitera la franqueza y conculca la libertad?

Si se me permite enrocar franqueza y honestidad, el epígrafe de Cercas ofrece una respuesta: ¿por qué ardor y franqueza no hay? Por infidelidad a lo que de veras importa y es trascendente para quien escribe. ¿Y qué es eso? Un asunto o una forma o una estética o un campo semántico. Se le es infiel por dos razones enlazadas: una, los espejismos de la moda, el prestigio, la —poderosa, patética— necesidad de pertenencia, aprobación y compañía. La otra razón, más relevante, es que acudir a lo que de verdad le importa a cada quien es tan fiscalizado y regulado que acaba estando tácitamente prohibido, salvo que corresponda a los intereses de tal o cual grupo de poder o grupo de presión. Tendría que haber acotado “en México” en alguna parte de la aseveración anterior, pero no creo que ocurra nada radicalmente distinto en Madrid o Buenos Aires: el patrullaje de árbitros intelectuales

e ideológicos que evalúan, tasan, certifican o censuran en los términos, siempre excluyentes y unilaterales, de sus posturas e intereses.

En resumidas cuentas, lo que uno *quiera* escribir es menos relevante que Aquello que Debe Escribirse y, más aún, Aquello que No Debe Escribirse.

Si, en legítimo ejercicio de mi libertad de escribir —y de pensar y de ser—, me alejo un paso del conflicto, caigo en cuenta de que es político en el sentido más crudo, más elemental y limitado del término; es dominación pura y dura: tirios y troyanos en pugna interminable —y obsesiva y crispada— por controlar lo que unos llaman “campo literario” y otros “república de las letras”. Ofuscado por el espectáculo sórdido que esa querella sin fin ofrece, no me percaté de que es más interesante atender no a sus pretextos, sino a las nociones que esos pretextos impostan: Historia, Sociedad y Tradición; o, con más exactitud, la postura de quien escribe frente a esas nociones.

En muy resumidas cuentas, leo al respecto dos corrientes. Una punitiva, de izquierda, que puede resumirse en la lectura sesgada de unos versos célebres de Brecht: “¡Qué tiempos son estos en los que / una charla sobre árboles es casi un crimen / porque supone callar sobre la injusticia!”. Una insidiosa, de derecha, que en el discurso se pretende emancipatoria de la anterior y en los hechos ejerce formas soterradas de neutralización y censura.

En efecto: ambas son igual de impositivas. La primera pretende que, a priori, me guste o no, tengo un compromiso de clase. La segunda dicta que, *a priori*, me guste o no, debo escribir en un Shangri-La donde no hay decapitados ni mineras canadienses.

Como si no bastara con los gritos del comisario y el lictor, berrean también en esta fiesta una suerte de

vendedores comisionistas de las casas Canon y Agón. Los primeros, preocupadísimos por la “obsolescencia” de tal o cual manera de hacer textos —pensaría yo que “obsolescencia” es razón de angustia en una sala de juntas de Apple Inc., no en mi escritorio—; los segundos, agraviadísimos porque siempre hay un insolente haciendo befa de los coturnos y el pepló que tanto trabajo les costó importar.

Alguna vez escuché a alguien llamar “viejito” a Robert Frost. La desautorización me resultó desconcertante por partida doble. Primero: si usted quiere palpar, en acto, el significado de la palabra “tradición”, lea, sucesivamente, una página de Thoreau, un poema de Whitman, otro de Frost y otro de Kinnell: hay allí un *continuum* sensible e intelectual cuyas partes dialogan y se vivifican entre sí, no un desfile de *smartphones* que se van haciendo obsoletos uno detrás del otro. Segundo: no sé —y genuinamente no me interesa— si Robert Frost goza de alguna vigencia en, por decir algo, el anillo Periférico de la Ciudad de México; sé que la reviste, sin duda, en ese mundo, el de Frost, el mío propio e irrenunciable: *the countryside* / el campo: la confluencia antropogénica entre lo feral y lo doméstico, que sigue en pie a pesar de la delirante arrogancia urbanocéntrica.

Y unos querrán vedarme escribir sobre / en / desde el campo porque ya superamos esa etapa; otros, porque *eso* es tan desmovilizador y reaccionario. Pero *eso* es lo que me “importa de verdad y donde hay algo trascendente para” mí.

Concibo una sola razón por la que vale la pena encajar la atención y el tiempo en una página de literatura, sea para leerla, sea para escribirla; una sola —huidiza y problemática—: libertad. Sucede entonces que las certezas palidecen y las preguntas arrecian. ¿Libertad de quiénes, de qué, para qué? ¿De qué atadura libera un texto literario? ¿Qué texto lo hace? ¿Cómo lo hace?

(Pienso que no hay respuestas puntuales y acotadas; me dispongo a atender a mi intuición y oído, y veo venir la primera conculcación: ¿cómo que su “intuición” y su “oído”? ¿Qué antiguallas esotéricas son esas?, ¿dónde está su marco teórico y posición crítica?, ¿dónde su escepticismo y su distancia irónica?, ¿dónde su postura política? Vislumbro un germen de respuesta, ¿qué libertad?, la de desmarcarme de esos polos de discusión y escribir ateniéndome a mi intuición y oído. Viene la siguiente conculcación: “nadie se desmarca —reprende la izquierda—, hacerlo conduce por gravedad a la derecha”. “Si la literatura se politiza se desvirtúa”, amonesta la derecha. Tan suficientes, tan dueñas de la realidad, tan petulantes.)

Al carajo canónicos y agonistas y censores y lictores.

Esta es una respuesta parcial, provisoria: la libertad, que sólo encuentro en la literatura, de ir a contracorriente de la Historia y, por tanto, de las descripciones hegemónicas del mundo; también, la de atender a la intuición propia antes que a las consignas ajenas, y la de volcar el oído al interior. La problemática libertad de encarar mi propio chamuco en los términos que yo mismo decida. Allí pongo mi ardor y mi franqueza. **▲▲**